

(1946- 2024)

José Luis Esquivel

“Este ha sido mi camino”



POR EDMUNDO DERBEZ GARCÍA

“ Todos tenemos una historia y todas las historias valen, todas las historias son interesantes, pero le damos preferencia a las historias de los conocidos, de los ilustres; pero ésta es mi historia para que la familia la disfrute o para que pueda servirle a otros por todo lo providencial que se ha dado en mi vida”.

Con estas palabras, expresadas un año y dos meses antes de fallecer el 26 de agosto de 2024, el maestro José Luis Esquivel Hernández bendijo con gratitud su pasado, asumido como un camino pedregoso, pero sin amargura ni zozobra, en el que intervino la mano de la Providencia.

El recuerdo de su niñez, adolescencia y juventud se articula mediante una memoria que señala ímpetus

y torbellinos, ilusiones y desaires, momentos gozosos y dolorosos, cuya tonalidad, empero, tiene una fuerza que labró, forjó y afianzó su carácter.

Su relato en esta entrevista tiene un tono íntimo o de confesión, habló de los hechos vividos bajo los ámbitos familiar y escolar, de los maestros que influyeron en su formación en el colegio y el Seminario, los desafíos experimentados desde las precarias condiciones económicas en las que vivía y la forma de superarlos con una inquebrantable fe transmitida por su madre, logrando el cargo de director editorial de la emblemática revista *Trabajo y Ahorro*, y desempeñar una reconocida carrera en los medios masivos como el *Tribuna de Monterrey*,



Sus padres Juanita Hernández y Manuel Esquivel. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

Más Noticias, El Norte, El Diario de Monterrey y ABC.

Antes de iniciar la conversación en su hogar en el Fraccionamiento Bernardo Reyes, el 2 de junio de 2023, el maestro, quien estudió la carrera de Ciencias de la Información en la UDEM, expresó un deseo no cumplido de haber cursado sus estudios profesionales en la Universidad Autónoma de Nuevo León donde, no obstante, ejerció la docencia por más de 45 años como una extensión de su vocación periodística, siendo formador de generaciones de periodistas.

“Veía la torre de Rectoría y decía: ‘que dicha los que estudian aquí’, era una admiración, yo era un joven. Entonces decía: ‘para entrar aquí...’ Era una idealización que hacía uno, tenía una imagen especial y así fue para mí la Universidad”.

¿De qué barrio era, maestro?

Yo era un muchacho de un barrio muy pobre, bastante marginado, de la colonia Industrial, donde

estaba el ferrocarril, era un barrio bravo y yo era muy peleonero, no digo que no. Yo perdí a mi padre cuando tenía cinco años y medio; fue una situación muy candente en el espíritu de uno, me volví muy rebelde, muy difícil, mi mamá estaba muy joven, 27 años. De hecho, cuando falleció mi padre, le dice a mi mamá un hermano, mi tío: “dame a este muchacho para poder meterlo en cintura, te va a dar muchos dolores de cabeza. Cuando crezca vas a andar de cantina en cantina buscándolo”. “No, yo sabré cómo le hago”. Y por la rebeldía que yo tenía dijo: “yo no lo voy a inscribir en una escuela pública”, porque la que teníamos ahí, todos los días había trancazos.

La vida de niño me llevó a enfrentarme a situaciones. No teníamos dinero, mi madre sin saber leer ni escribir, no tenía más que la condena de ser una ayudante de cocina en un hogar, ser sirvienta. Y volvemos a lo mismo, el estorbo del hijo; le consiguieron trabajo con un abogado muy famoso

por la iglesia de La Luz, Teófilo Salazar Gil. A la semana le dijeron: “sabes qué Juanita, con ese niño no puedes estar aquí, ya no lo traigas”.

Vivíamos en un cuartito de madera, pero el señor de la casa le dijo a mi mamá: “ya no puedo darle la mano porque ya tiene tres meses de no pagar la renta”; él también tenía a sus hijos, y fuimos a dar con un tío, hermano de mi papá. En casa del tío eran muchos, pero el ambiente era muy duro, yo tenía ocho años de edad. El problema de siempre, mi mamá no me podía llevar a donde trabajaba y yo la esperaba todos los días sentado sobre una piedrota en la colonia Buena Vista: ahí viene el camión y se va a bajar con su vianda, y no, no viene; en el otro camión –el camión de la Cochinilla, de color gris–, ¿por qué la esperaba?, porque me traía de comer y siempre era su pregunta: “¿te dieron de comer?”, “no”. “Pórtate bien”. No me daban de comer porque me portaba mal y ése era el castigo. Fue una niñez muy dura.

En esa ocasión mi madre dijo: “no sé cómo le voy a hacer, vamos a rentar un cuartito otra vez y vamos a estar solos, pero tú te vas a encargar de tu hermano, te vas a enseñar a cocinar, cómo se hace el arroz, un huevo, las tortillas”, entonces los retos te hacen crecer, me hice un cocinero desde los nueve años. La vida dura te va haciendo. Mi mamá empezó a trabajar en un molino de nixtamal.

Una forma de controlarme fue inscribirme en el Colegio Francisco G. Sada, que era de Cervecería, donde sólo entraban hijos de trabajadores. Mi madre fue una guerrera, fue a sacar la cara y bien dicen que el que toca puertas persevera y al final, lo consiguió. “Nada más una cosa, tiene que sacar los primeros lugares para mantener la beca”. Ya fui admitido, pero yo era muy difícil.

¿Pero terminó sus estudios en ese colegio?

Sí, pero inclusive fui a parar a la cárcel a los nueve, diez años; pobrecita de mi madre. Yo estaba llamado a ser un criminal y no lo niego, yo estaba llamado a ser un delincuente, no le tenía miedo ni a la policía ni a nada y cuando ya no le tienes miedo ni al diablo, eso está muy peligroso. Se debe tener miedo porque si no, no terminas con vida en un riesgo que no mides, el miedo es un sentido de sobrevivencia. Pero a mí me daba lo mismo, yo decía: “voy a tomar el tren y a donde me lleve, me vale”, yo tenía 12 años.

¿Y fue a dar a la cárcel?

A punto de llevarme, sólo porque era un niño de once años, pero ¿qué hice? Me retó uno, de lejos



“La vida dura te va haciendo”. Agosto de 1966.
(Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

me dijo quién sabe qué que me ofendió, yo jugaba béisbol, era muy bueno para el deporte, entonces traía yo un bate, era yo irreflexivo, aventé el bate y le tumbo los dientes. Entonces le hablaron a la policía y el director del colegio interviniendo y yo muy cínico: “él empezó, quién se lo manda”. Estaba la patrulla ahí afuera, a mí me daba lo mismo: “que me lleven”, decía, pero no me llevaron. Fue una niñez que a la vez agradezco.

¿Era una reacción a la pérdida de su padre?

Sí, pero lo descubrí a los 21 años, cuando empecé a trabajar.

¿Y el colegio era muy estricto?

Muy estricto, los castigos por la rebeldía por mi conducta eran durísimos. Me mandaban al solazo, al lado de un hormiguero y con dos piedras alzadas en las manos y todos los del salón muertos de risa; eso te vuelve más rebelde. Yo no me dejaba, yo era un huerco de ocho años, voy pasando, está una bolita de tres: “yo sí tengo papá, yo sí tengo papá”, yo los oía y los agarraba a trancazos, o también: “un negrito se columpiaba...”, para mí era una ofensa, hoy tengo orgullo de mi color, pero a esa edad...

¿Qué maestros había ahí?

La mayoría eran religiosas que acababan de llegar de Cuernavaca contratadas por Cervecería para



“Andaba en camión, con los zapatos de meses. Le decía a mi mamá: ‘un día vamos a tener una casa grande, va a ver’”. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

fundar los colegios en la colonia Cuauhtémoc. En quinto año de primaria, una religiosa que está ahora en Los Ángeles, California, era una jovencita, yo creo que tenía unos 16 años, en lugar de recurrir al castigo, a la amenaza, me hablaba: “Luisito”, y cuando escuchaba “Luisito”, ahora que estudiamos comunicación, sabemos cómo la palabra cambia su significado por su intención, “¿cómo estas hoy Luisito?, ¿cómo te sientes?”. “Bien, bien”. “Estas muy bien en dibujo Luisito”, a mí me gustaba mucho dibujar, entonces me tomaba del hombro con una ternura y me decía: “Luisito, tú eres buen niño, nada más que les haces mucho caso a los demás, no les hagas caso porque te quieren hacer enojar y tú te enojas”. Entonces esa religiosa fue la que me hizo mejorar y saqué el quinceavo lugar en conducta y disciplina y ella, en el grupo nada más, lo tomó como un avance y dijo: “vamos a darle a Luisito un premio porque ha mejorado, le ha ido bien y ustedes también le han ayudado”, o sea, tocó al grupo también. Fue

así como conocí el amor de la educación. Yo le llamo exactamente la lección del amor de los maestros, te redime más el amor que la disciplina perra de golpes. Finalmente resulta que yo siempre y, eso sí se lo agradezco a los maestros, sacaba primer lugar, tercer lugar, nunca perdí la beca. Después de todo yo tenía habilidad y en el estudio siempre me fue bien. En quinto me saqué la excelencia académica y ahí tenían la costumbre de dar premios.

¿De dónde vino la inquietud de estudiar en el Seminario de Monterrey?

Ahí fue donde esta religiosa me dijo: “has mejorado mucho, tú puedes darle más a la sociedad, puedes darle más a Dios, inclusive, si quieres entrar al Seminario, continuar tus estudios, tú eres muy inteligente, muy aplicado, allá es para ti, mucho estudio que vas a aprovechar y no se diga estar en contacto con lo que es la piedad, la devoción y, bueno, vas a ser otro en tu conducta también”. Y yo le decía: “es que yo soy malo”. Y bueno, ella le dijo a mi

mamá que si yo quería conocer el Seminario a ver si quería entrar. Mi mamá se emocionó y a mí me gustó. Entonces termino sexto año de primaria y me admiten en el Seminario, becado. De ahí partió mi vida con el antecedente ingrato que tiene que contar mucho, de ahí partió toda mi vida.

Empezamos en San Luis Gonzaga, tenía una cancha de voleibol que se convertía en cancha de básquetbol, pero para los mayores, nosotros ahí andábamos, inclusive, jugando a las canicas. Pero estuvimos sólo seis meses y en diciembre de 1959 nos tocó conocer bien, de chiquillos a Efrén Ordoñez, no tenía yo razón del arte, pero me encantaba verlo como estaba pintando a la virgen María y a los apóstoles, porque nos fuimos al nuevo Seminario y todavía le faltaba. A esa edad, yo tenía 13 años, no sabía la trascendencia que tenía Efrén, ya después fui a su estudio en la colonia Roma y se acordaba, no de mí, sino que íbamos los seminaristas a verlo pintar.

del hombre bueno, porque si nos vamos a basar solamente...”, se quedaba dormido; entonces la raza, teníamos los diccionario de latín, que eran unos mamotretos, y uno de la raza lo arrojaba al piso ¡pum!, “¿qué paso?, ¿qué hay?”, pero lo queríamos mucho porque era un profesor bueno, sabía mucho y nos aguantaba, no preguntaba quién hizo eso ni qué pasó, él sabía que se había dormido. El otro gran maestro para mí fue Chasalón, era un francés, hablaba español más o menos bien y era el profesor de francés. A nosotros nos daban a elegir, ¿qué quieres estudiar, inglés, francés o griego?, el griego nos lo daba Severiano Martínez, era buenísimo para el griego, aprendías griego porque aprendías. A mí me gustaba mucho el francés y Chasalón me ilusionó tanto que yo dije: “yo quiero hablar francés, el griego no me interesa, yo quiero hablar francés” y yo aprendí el francés con él. Los que se iban al inglés estaban con Agustín Basave, yo no tomé con él inglés, sino

“Termino sexto año de primaria y me admiten en el Seminario, becado. De ahí partió mi vida con el antecedente ingrato que tiene que contar mucho, de ahí partió toda mi vida”.

¿De qué edad estuvo en el Seminario?

De 12 a 19 años. Mis nietos me preguntan si no me aburría en el Seminario, no, yo era feliz, muy feliz porque había que hacer tres cosas: teníamos que rezar mucho, me encantaba, teníamos que estudiar mucho, pues me encantaba, teníamos que jugar mucho, pues me encantaba. Me gustó mucho mi vida ahí y, desde luego creo yo, fui a aprovechar esos años, a los grandes maestros, fuimos una generación privilegiada, yo los recuerdo a todos, porque algo me dejaron.

La lumbrera de todos era Joaquín Garzafox, pero la lumbrera lo hizo soberbio, poco accesible, intratable, casi casi era un mito para nosotros porque él llegaba, daba su clase, salía, le decíamos: “padre, padre”, “ahorita no puedo, al rato” y ya se iba. Luego Jorge Rady, que ya tenía años, su clase Sociología, era a las tres de la tarde, ya llegaba muy cansado, entonces en su escritorio empezaba a decir: “en la Sociología tenemos que recurrir a Juan Jacobo Rousseau, y yo les recomiendo que este párrafo tienen ustedes que estarlo siempre revisando, la teoría

Filosofía del hombre se llamaba su clase, era también muy buen maestro, a veces no le entendías, pero nos hacía reflexionar. Teníamos un maestro que nos daba trigonometría, que era arquitecto, esa materia era obligatoria. Elías Álvarez era pacífico, muy tratable.

Aunque se oiga pretencioso, Abelardo González fue mi modelo intelectual, no he conocido persona más inteligente que él, le decíamos el *caríssimo* porque venía de Roma y *caríssimo* es un amigo muy querido y a todos nos decía *caríssimo*, tenía una didáctica, además era un sabio. Yo me le acerqué y me veía muy bien pues como me iba muy bien, llamaba la atención. Se llegaba el final de cursos en el Seminario, primer lugar en aprovechamiento, en conocimiento; en el Cristo rojo que está al final se montaba la tarima, el arzobispo Adolfo Espino y Silva de rigor ahí estaba presidiendo una ceremonia de dos horas, entonces, yo digo, era acicatear la vanidad, ensalzar el ego y me tocaba a mí, medalla de oro todos los años. Era mi apetito emocional. Así me hizo Dios y la vida, me gustaba mucho estudiar, me



Como profesor de cuarto año de primaria: “vieras como me quisieron los huercos, me fue bien desde un principio, la pasé feliz”. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

gustaba mucho leer, me gustaba mucho aprender, todavía hoy.

La ilusión que cultivé, porque llegaron cuatro sacerdotes después de estar cuatro o cinco años estudiando de Roma, Jaime González, Joaquín Garzafox, Jorge Marcos y Elías Álvarez, fue conocer Europa. Con Abelardo González aprendí italiano porque yo me ilusioné tanto que dije: “un día voy a ir a estudiar a Roma” y fue a los 14 años mi propósito, y exactamente fui designado por Abelardo González *caríssimo*: “te voy a proponer para que vayas a Roma en este grupo –eran tres–, prepárate muy bien. Y a los cinco meses se puso muy grave mi mamá, el médico dijo: “está malita, pero va a reponerse”. Ya la segunda vez me dijo: “ya no puede trabajar”. Hablé con el padre Juvencio González, que era el rector del Seminario, y me mandaron con un sacerdote y ya estuvo platicando con ella y el médico le dice que ya no tenía muchos años de sobrevivencia –y vivió hasta los 85 años y siempre conmigo–. Entonces resulta que me dijeron: “primero es tu mamá”, faltaban todavía meses para irme, se me cayó la intención, pero la mantuve por fuera, en la vecindad donde vivía, yo le decía a la vecina: “un

día voy a ir a Europa”. Esta anécdota la platico mucho a los alumnos porque de ahí vienen los sueños. Le decía la vecina a mi mamá: “Juanita, José Luis ya se está volviendo loco”. Andaba en camión, con los zapatos de meses. Entonces me decía: “cómprase calzones en lugar de andar ahí”, tenían razón, obviamente, era un sueño inalcanzable, pero yo también tenía razón. Le decía a mi mamá: “un día vamos a tener una casa grande, va a ver”. Era una vecindad en la que vivíamos con un baño general en la colonia Industrial en la calle Lucas Alamán y Alanís Valdez, era una zona de guerra General Anaya.

¿Por la situación de su mamá se salió del Seminario?

Tuve que trabajar y el primer trabajo fue de obrero en Nylon de México, ahí nos daban trabajo a los que salíamos del Seminario y luego me decían: “pero si no te hicieron ninguna prueba, ¿por qué te mandaron de obrero? por algo fue, estuve dos meses.

¿Y en el Seminario hasta qué año llegó?

Hasta tercero de Filosofía. Fueron los años de humanidades muy buenos y luego los de Filosofía no se diga. Pero el Seminario era una burbuja, estaba uno encerrado, aislado, no se podía leer periódico ni



“Con mis 19 años me contrataron [en Cervecería] por 900 pesos por semana”. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

escuchar la radio, mucho menos ver televisión; cuando salías a ver a un médico, tenías que ir con un compañero, era una burbuja, ese modelo quizá a muchos no les hizo bien, pero a mí sí. Lo que soy se lo debo al Seminario, dedicado al tema cultural, al tema del conocimiento, al tema de lo que ya no les gusta a muchos, la filosofía, el pensamiento crítico, pero que es la base del ser humano, para el crecimiento y para el conocimiento.

Yo seguía alentando eso, decía: quiero estudiar filosofía porque era lo que sabía. Lo que hice al salir del Seminario fue ir a la Universidad y en las escaleras de la Facultad de Filosofía, de manera providencial me encuentro al licenciado Augusto César Cárdenas, supe quién era porque me lo dijo, yo no conocía nada del mundo, conocía ser obrero, un jovencillo de 19 años, le digo: “oiga, ¿usted es profesor de aquí?”. “Sí, ¿qué andas buscando?”. Le digo: “es que quiero ver si puedo entrar”, y fíjate qué espontáneo, dijo: “por qué?” “Porque quiero estudiar Filosofía” y me dijo: “pues vas a ser filósofo,

vente para acá” y era muy respetable la carrera de Filosofía en aquellos años.

¿De qué año estamos hablando?

De 1965, y me dice Augusto César Cárdenas: “pero no vas a estudiar aquí, yo te voy a apoyar con una beca y te vas a ir a estudiar, aquí ahorita no”, estaba la revoltura. Le dije que yo venía del Seminario y fíjate lo que son las cosas, era muy amigo de Armando Fuentes Aguirre “Catón”.

¿Cómo llegó a Cervecería?

En la última ceremonia de premiación en el Seminario yo ya no estuve, pero sí un compañero, mi gran amigo, Héctor Miguel Guzmán Olvera, él venía de Roma; y Cirilo Loera. Mi mamá estaba a lado mío en la ceremonia, era una mamá muy estricta y así fue para poder controlarme, y lo siguió siendo y se lo agradezco porque me hizo un joven ordenado. En esa ocasión me da un pellizco: “ahí deberías estar tú”. Me daba mucho coraje, pero no decía nada: “Como quiera voy a buscar dónde trabajar”, le dije. “Puedes regresar al Seminario si quieres”. No aguanté y me levanté entre la solemnidad de la ceremonia y oí detrás de mí unos taconazos de unos zapatos mejores que los míos, quién sabe quién será y me metí al área que llamaban la quinta división y donde volteo vi que era el papá de un compañero que iba dos años más abajo, Augusto Zenizo Rojas, que era directivo en la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa y me dice: “me dice Augusto que usted ya dejó el Seminario. ¿No le gustaría trabajar en Cervecería?” “Sí cómo no”, “¿dónde está trabajando?” “Aquí en Nylon de México”, “¿qué hace ahí?”, “soy obrero”. Yo saboreaba la palabra obrero porque yo no conocía nada, no conocía el mundo, conocíamos los estudios. Bueno, entonces me dice: “¿puede usted ir tal día a General Anaya y avenida Universidad para hablar?” “Sí cómo no”. Me dijo Zenizo: “lleve sus calificaciones porque aquí necesitamos alguien que sepa mucha ortografía para la revista *Trabajo y Ahorro* y que sepa hablar en público porque tenemos eventos para los que necesitamos moderadores y usted cubre eso”. Yo sabía ortografía por medio de las etimologías porque en el Seminario nos enseñaban el griego. Y le dije a mi mamá: “aprovecha *mijito* porque si entras ahí está muy bien”.

Voy, me dicen: “Pero aquí tenemos dos requisitos, el examen médico y la entrevista con el director de área. Yo saco la cita y le aviso el día para que venga”. Me recibe el jefe de área, era el que iba a decidir,



Con dedicación y esfuerzo superó adversidades.
(Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

don Roberto González Acosta, platicamos, lo noté alejado, lo noté interesado nada más. “Tantos años en el Seminario”, porque llevé mis calificaciones y ya me dice: “póngase de acuerdo con Augusto Zenizo Rojas”. Me dio la fecha para regresar para el examen médico. Entonces renuncié a Nylon de México porque se iba a llegar el inicio de clases en septiembre, iba a ser profesor de cuarto año de primaria y me iba a integrar también a la revista, a ortografía. Y entonces me dice ahí en su oficina: “espéreme tantito”, se levantó, se fue para la oficina del jefe que iba a decidir, don Roberto González Acosta, y no sé por qué pensé, a lo mejor tengo que ir con él, fui tras él pero ya no entré a la oficina cuando escuché que estaban hablando de mí, ¿qué crees que escuché que estaban hablando?: “entiende Augusto, no lo podemos contratar, está muy morenito, y luego en un área de relaciones públicas, imagínate a Sergio Valdés Flaquer, imagínate a González Quijano, Rafael Roberto Pérez, tú sabes cómo son”.

A mí me tocó el racismo. Terminó rápido para que veas cómo se supera en la vida estas circunstancias. Me regresé y lo esperé, llega Augusto Zenizo y me dice: “¿sabe qué? me va a esperar porque vamos a ver otros perfiles. Venga dentro de una semana”. “Bueno, está bien”. Le dije a mi mamá: “yo creo que no”. “No, tú confía en Dios, no te des por vencido, ¿ya te dijo que no?”. “No”. Así era mi madre, una maestra empírica de la vida. “Pues no se dé por vencido ni aviente la esperanza por el caño”. “Pero ya no voy a regresar a Nylon de México”. “Pues vaya y diga que quiere regresar ahorita”. Agarré el camión y llegué: “ah sí, está bien”, así con una facilidad.

Ya cuando se llegó la semana dije: “voy a que me digan que no”, yo decía, pero mi madre no: “Dios te va a ayudar *mijito*, pero ponte en la cabeza que tú quieres que también te ayude”. Con mis 19 años allá voy con mi fe. Resulta que paso el examen médico e inmediatamente fui contratado: “nos va a ayudar mucho en la ortografía pero su puesto va a estar como profesor de cuarto año de primaria. Regresé al colegio del que salí y vieras como me quisieron los huercos, me fue bien desde un principio, la pasé feliz y resulta que empiezan a darme tareas de redacción y decretaron que era un aprendiz de redacción, pero no lo hacía tan mal a los 19 años y sin una práctica y fíjate lo que ganaba mi madre, ganaba 300 pesos por semana y a mí me contrataron por 900 pesos por semana. Al año me pasan por horas a la secundaria, porque ya me había inscrito en Filosofía y llevaba una materia de Psicología humana, entonces me dijeron: “en prepa llevan una materia de psicología, usted va a dar la clase de psicología y se va a venir a integrar como redactor a la revista” y me aumentaron a mil 200 pesos por semana, cómo crees que no voy a decir que todo tuvo que ver con esa semilla que se sembró ahí.

Al principio la sufrí porque era lógico, yo estaba en un área donde llamaba la atención por lo que hacía, porque luego luego empecé a tomar fotografías, y uno de los jefes, José Emilio Amores, en una ida a Tijuana compró una cámara en San Diego, una Minolta que fue la que me hizo profesor de fotografía en la Facultad de Ciencias de la Comunicación con ustedes, Mundo, porque me dijo eso que les digo yo a los alumnos: “den de más”. Me trajo esa cámara y me dice: “esto le va a ayudar para que no lo vean abajo aquellos rudos que ya sabe que son de clase social”. Pero un día se va mi

jefe, Roberto González Acosta, que fue mi maestro en la práctica, fue mi maestro de la vida, era un autodidacta, ávido lector consumado, amiguísimo de su jefe, Luis J. Prieto. Era rudo, era difícil, era un racista, lo admito y lo admiten todos, esos me han tocado y me han formado y él dijo: “me voy a jubilar” y ya me había ascendido a jefe de redacción, a jefe de información y dijo: “quiero yo que quede como director editorial José Luis Esquivel, quiero seguir colaborando con la revista y quiero seguir con el ritmo con que se lleva y él lo va a llevar”. Yo era un empleado, me iba bien y punto. Pero yo ya ejercía el periodismo y entonces resulta que me deja de director editorial. Cuando me hablan del consejo, dije: “me van a regañar o me van a correr” y ahí estaba don Roberto González Acosta, entonces me dijeron: “a partir del 24 de junio de 1980, usted va a ser el director de la revista *Trabajo y Ahorro*, 12 mil 500 pesos por semana, sabemos de los buenos resultados de usted y la experiencia que tiene y a partir de la siguiente quincena se le dará el nombramiento oficial en la organización y empiece a publicar su nombre como director de *Trabajo y Ahorro*”. La emoción me hizo decir nomás: “muchas gracias, no quiero

fallar a la organización, a ustedes, mucho menos a mí”. Soy director editorial de *Trabajo y Ahorro*, muchos no lo creen viniendo yo de la miseria.

Un día, pasado el tiempo, habla por teléfono el director González Orozco de Fábricas Monterrey,



Con Imelda Iris Esparza Sada el día de su boda. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)



el segundo de Genaro Cueva, y contesta mi secretaria, que quiere ver si es posible hablar con José Luis Esquivel para un acuerdo con la revista para unas publicaciones especiales de Fábricas Monterrey, que si José Luis Esquivel lo puede recibir o si puede ir a la oficina. Le dice mi secretaria que su jefe puede ir si le dice a qué hora. “Después de la comida nos vemos aquí, una y media”. Allá voy, tenía una oficina de cristal hermosa, me ve y no se me va a olvidar, esas señales de comunicación que hemos aprendido: “¿qué está haciendo aquí este hombre?” En eso llega su secretaria y oigo que le dice: “vea quien está ahí, por favor”. Yo estaba ahí esperando que me llamara, y le dice: “es el licenciado José Luis Esquivel”. Entonces se levanta González Orozco y me dice: “licenciado José Luis Esquivel, cómo está”. ¿Eso no es racismo?, ¿es o no es discriminación?, ¿qué te digo con todo esto? Que así ha sido muchas veces.

Siendo yo soltero, ya tenía novia, mi güera, mi única novia, ella ya sabía dónde vivía y me decía: “no tiene que ver nada José Luis, tú vas a ir progresando, si vivimos en una casa de renta, no te preocupes”. Entonces, siendo yo soltero, teniendo poco tiempo en Cervecería, pero deslumbrando a Roberto



Con su esposa Imelda Iris Esparza Sada. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

González Acosta, me dice un día, por eso digo que es providencial: “usted me dijo que quería una casa, ya vamos a distribuir las casas”. “Sí, quiero una”, le dije, ya yo tenía mucha confianza con él. “Voy a

hablar con el ingeniero Eugenio Flores”, quien era el que daba el palomazo final y me avisan que voy a tener una casa nueva, mi madre la estrenó. Mi madre nos decía a mí y a mi esposa: “yo siempre quise comprar un terrenito porque yo quería tener mi casa, aunque fuera un cuartito”, “¿cuándo?”, “cuando se fundó la colonia Ferrocarrilera, me pedían 20 pesos de enganche, ¿de dónde?” y mi hijo que estaba chiquillo le decía: “güelita, me hubieras dicho, de mi domingo te hubiera ayudado”. Yo lo que quería era darle una casa a mi madre y entonces, claro que la estrenamos y luego ya después fue de mi esposa y luego la casa de mi madre aquí está al otro lado. Todo ese empuje es lo que yo quiero que lo vean otros, decía mi madre: “no te rindas, no echas al caño la esperanza, si ya la echaste antes de que se vaya encuéntrala y agarra otra vía de esa esperanza”.

En donde vivíamos, en la Unidad Modelo, estaba el mosquero de los famosos tiraderos de basura, la tierra de las pedreras y una calle de dos carriles, de ida y vuelta, era un sufrimiento. Un día dije: “me voy a cambiar” y me vine aquí a la colonia Bernardo Reyes. El banco creía que yo la podía pagar y yo también creía que la podía pagar, ahí tengo la demanda que García Cirilo firmó para el desalojo, ¿quién me salvó?, Roberto González Acosta. Me dijo: “le voy a conseguir el cheque de Cervecería y usted la va a seguir pagando, pero ya seréne, usted en lugar de gatear, empezó a querer caminar, ya que supo caminar, ya quería correr y así ha estado, así lo conozco, después de correr quiere volar y después de volar no sé qué vaya a hacer, seréne, aquí está el cheque”. Fui volado a Bancomer y me liberé. Pero el que decía: “está muy morenito” fue mi salvación.

¿Cuándo entró a los medios?

Por no poder pagar la casa tuve que entrar a *El Tribuna de Monterrey*. Yo entré en noviembre de 1972, cuando estaba el secuestro al avión de Mexicana, pero entré como corrector de pruebas, yo sabía mucho de ortografía, el señor Rosales era el jefe de esa área.

Salía a las cinco y media de Cervecería, entraba a *Tribuna* y estaba en todo lo que era redacción, y ahí conocí a Ángel Chávez, quien me dijo: “escribes bien, por algo estás en esa revista, ¿por qué estás en esa revista?”, “porque ahí me mandaron, necesitaba cobrar”. Hablé y me dijo: “vas a empezar en deportes con el doctor Saldaña”, que era el



La fotografía, una de sus pasiones. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

cronista de *Tribuna* y a aprender también. Ángel Chávez fue quien me sacó de la redacción, de las mesas grandotas con pliegos.

Un día en *El Norte* me dijeron: “¿qué estás haciendo en *Tribuna*?, ¿qué vas a hacer en *Más Noticias*?” ¿Quién me lo dijo?, Ricardo Junco, que era el hermano del padre Carlos Junco, compañero mío en el Seminario, él sí se fue a Roma. Le dije: “¿cómo le hago?”, “ve y habla con Abelardo Leal”. Ya fui: “me manda Ricardo Junco”. “¿Y usted qué?, ¿qué hace?”. “En *Más Noticias* me acaban de hablar”. “Bueno, póngase ahí a hacer lo que quiera para la sección local”, “sí, está bueno”. Ya traía mi cámara, fui y tomé un carro que estaba estacionado en el Círculo Mercantil, en Zaragoza y Ocampo, y veo que traía una placa atrás y otra diferente adelante, entonces tomé la foto de atrás y de adelante y en eso, el que va saliendo para subirse al carro era un agente de tránsito, traía kepi, y no se dio cuenta que tomé la foto. Regreso a *El Norte*, llevo la foto a Abelardo Leal, se volvió loco, se levantó yo no sé ni

por qué: “la ponemos en primera”, no sé a quién le dijo: “investiga quién es este agente de tránsito, a ver quién te dice, abre puertas, tumba bardas, lo que sea”. Y sale publicado: “agente de tránsito y sus influencias”, sacaron cómo se llamaba, cómo obtuvo el carro, pobrecillo, lo corrieron, no iba mi nombre porque nomás iba la foto, yo no hice ningún reportaje, y eso me empezó a dar suerte y un día se dieron cuenta que el que era reportero de deportes del periódico, no iba al juego, se iba a la presa de La Boca con su familia, escuchaba la crónica de Roberto Hernández junior por radio y hacía buenas crónicas, pero se dio cuenta *El Norte* que no iba e inmediatamente le dijeron al señor Cueva, que era el jefe, nombra a otro, entonces le dijeron a Abelardo Leal y éste dijo: “pues ahí anda este morenito, dígame a él, él también sabe de deportes”, sin decir agua va. Yo empecé a ser reportero con Alberto Santos de Hoyos y como era muy amigo de Alejandro Rodríguez y él acababa de ser directivo de Rayados y trabajaba en IMSA, nos conocíamos, entonces agarré vuelo y confianza. Entonces me dicen: “¿entonces tú eres Tigre?”. Soy de Rayados, es mi origen.

¿Cuál fue el primer partido que cubrió, se acuerda?

Sí, yo lo cubrí, pero no para *El Norte*, sino para *Tribuna* como enviado especial cuando fue Monterrey contra Cruz Azul y luego después, como el periódico pertenecía a la cadena García Valseca que publicaba los Soles, aparecían mis crónicas en *El Esto* y decía ahí: José Luis Esquivel, corresponsal, nadie me dijo que era corresponsal, yo agarraba el periódico y decía: “huy, estoy saliendo en *El Esto*”. Eso fue lo que ocurrió, lo que les digo a mis alumnos, dar de más, no me pagaban, pero yo era feliz. Entonces dejé *Tribuna* y en *El Norte* ya empecé a cubrir a Tigres en segunda división y bueno, el privilegio que me dio la vida profesional fue conocer la historia de Tigres y saber su llegada a la primera división en 1974, conocer a Luis Eugenio Todd, a Gómez Collado, a Marco Menéndez, todas esas historias valen para la historia que la escribió Ángel Chávez con una precisión y puntillosa investigación, a mí me tocó vivirla y desde luego, disfrutarla, cuando empieza el primer clásico con el recuerdo de Alejandro Izquierdo que vivía atrás del Colegio Civil y llegaba en camión con sus



Como cronista deportivo reseñó los partidos del Club Tigres. Aquí con Roberto Hernández Junior, Héctor Javier Yáñez y Sotero Monsiváis. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)



En las instalaciones de Televisa junto a Jacobo Zabłudowski durante la celebración del mundial de fútbol México 86. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

tachones en la mano, algo que ya no se puede dar en el deporte.

¿Usted convivió con los jugadores de Tigres?

Sí, cómo no, todavía me invitan, es que era la época romántica, tienen el recuerdo por los años que estuve en los medios, de ese morenito y ya juntado con otros morenos como Hugo Enrique Esquivel y Gerardo Concordia “Iaúca”, yo era feliz, ese es el premio de la vida. Siempre me vieron bien, Batocletti, siempre que le pedía un apoyo para las clases, él iba, Mateo Bravo, todos; es que la relación se estrechó mucho porque yo estaba empezando con ellos y ellos empezaban en primera división, imposible olvidarte y que te olviden, porque aunque ya no estés se quedó la amistad, a mi casa venía Barbadillo, tengo fotos de él y su esposa en las piñatas de mis niñas porque yo decía, los voy a invitar y no había el cerco que hay ahora, el halo de gracia especial; Tomás Boy a veces venía aquí, yo me asomaba muy temprano, iba para el estadio: “me la debes...”, pero luego en el estadio me abrazaba, los llegabas a conocer bien; llegaba al banco Serfín, que se llamaba Londres y México, y ahí lo veía de repente que

estaba en la fila, volteaba y me veía: “qué pasó cabrón, que andas haciendo”, decía delante de todos; como quiera nunca me dejó de saludar, era un vínculo, yo creo Mundo, que se dio porque la prensa no estaba viciada, éramos inocentes, estoy seguro. Ese es uno de los riesgos de los que hay que hablar en los medios, esas mañas, agarrar dinero, eso es lo que aborrezco yo, me dicen: “es que usted es muy duro con los medios”, es que hay que ser bien duro con los medios porque hay medios muy buenos, buenos, mediocres y muy malos, hay periodistas buenos, malos y excelentes, pero no arrojarlos en un mismo costal, el periodismo es un nido de corrupción, no, el periodismo no me lo toques, es al que ejerce un periodismo muy malo, malo, mediocre, pero hay periodismo bueno y nos hace falta, ¿qué sería de nosotros si no tuviéramos esa verticalidad de que por lo menos les compramos la credibilidad, tiene que haber un contrapeso y tiene que haber una denuncia, valentía.

Resulta que, además de poder llegar sin esperar ser el director editorial de la revista *Trabajo y Ahorro*, así también llegar un día sin querer a ser



“Mis clases, nunca las dejé, nunca las dejé, nunca, nunca, las clases para mí son sagradas”.

director social de Rectoría, porque yo no conocía al rector Manuel Silos, ¿por qué lo iba a entrevistar si él era economista, y yo andaba en el fútbol soccer?, estaba en *El Diario de Monterrey*. No sé por qué, un día contesta el teléfono mi esposa en la planta alta y me dice, “te habla el licenciado Manuel Silos”, yo estaba en la cama y le dije: “hay sí cómo no, me va a hablar el rector a mí”. “Sí soy yo maestro –siempre me dijo así– quiero hablar con usted, no sé si me permita una entrevista a las once de la mañana aquí en el octavo piso”, “sí cómo no, perdóneme, ahí lo veo y le agradezco me haya llamado”. Le dije a mi esposa: “sí es”. Y otra vez, el por qué yo, si he escrito muy duro contra la *Uni* y le digo a los alumnos, si tú eres periodista, ni modo, es triste pero no vamos a cerrar los ojos en este momento ni a negar que alguien que no ejerció su puesto público en la Universidad pueda terminar en un escándalo o en una denuncia. Pero esta vez no era eso, me propone ser el director social de Rectoría. Le dije: “yo no estoy hecho para esto”, se lo dije, lo

tengo escrito y él lo sabe. Ni las dos veces que quiso que fuera director de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, “no, soy muy difícil, soy muy rebelde licenciado, a lo mejor no me conoce”. “Sí, me han dado recomendaciones de que la Universidad ha sufrido algunas críticas tuyas”. “Pues sí, y la va a llevar usted, además, verme al otro lado de la mesa se me hace muy difícil, le agradezco mucho, de veras”. “Bueno, muy bien”, y me fui.

Me vuelve a hablar a la casa, un mes después, ya era casi diciembre y me dice que por qué no acepto, necesita la Universidad mi experiencia, además, siendo parte de la Universidad y le digo: “es que yo no tengo identificación con el medio político, no le entiendo ni soy muy tolerante”. “Maestro, usted tiene habilidad y me va a ayudar, estoy seguro de que me va a ayudar, yo por eso lo elegí a usted”. “Presiento que puede ser el fin de mi carrera en la Universidad y puede ser el fin de mi carrera en el periodismo porque si sucede algo con qué cara voy a volver al periodismo y con qué cara voy a volver a la Universidad”. Lo último que le dije fue que consulté con mi esposa y me dice que no, que nada más dando clases. “Bueno, está bien”.

Me vuelve a llamar en enero y le dije: “licenciado, es que estoy como corresponsal para cubrir la gira de Colosio y voy a empezar en Huejutla, Hidalgo y yo quiero estar ahí por la crónica, las fotos, me asignaron”. Matan a Colosio y dos o tres días después me llama: “mataron a Colosio, ya no tiene usted ese compromiso y yo quiero que sea usted porque me está presionando mucho Sócrates Rizzo, el gobernador, para que sea José María Alanís, es mucha la insistencia desde que le mandé llamar a usted, ¿lo conoce?”, “sí”, le dije, “él le conviene más, está hecho en el medio de muchos compañeros que andan a la caza de cargos, en eso se han fogueado”. “Yo quiero que usted sea, pero ¿qué opinión tiene de él?”, “buena, en general, no he trabajado cerca de él, pero es buen periodista, si quiere que compartamos, nómbrelo a él y yo dependo de él”. “Vamos a hacerlo así”. Llegué con mucho miedo.

Un periodista local escribió: “¿cómo pueden poner a un enemigo de la Universidad”, ese atascadero de periodismo no lo soporto, no he recibido dinero, no lo he necesitado tampoco. Pero a Tigres empieza a irle mal y me dice el rector: “maestro, ayúdele a Paredes como jefe de prensa, van a ir a Barra de Navidad al draft, apóyelo, necesitamos a alguien ahí”. No había jefe de prensa y ahí dije sí, además me dio



Llegó a ser vicepresidente ejecutivo del Club Tigres. (Fotografía Facebook de José Luis Esquivel)

la razón: “usted viene de deportes, conoce todo lo que es el futbol, aquí está su boleto para el avión y se va por la mañana” y me dio el nombramiento. Pues allá voy, se viene la crisis, me manda llamar una tarde y me dice: “aquí está su nombramiento, usted va a ser el vicepresidente ejecutivo del Club Tigres”. ¿Tú te imaginas lo que vale este puesto en aquellos años? En 1995, ante la opinión pública y sobre todo ante los compañeros. Pues ahí viene el otro bulling, lo oíamos mi esposa y yo en un medio tan ingrato como la crítica en el futbol soccer porque hay 45 mil árbitros en la tribuna, pero también hay

45 mil técnicos y 45 mil directivos, entonces los medios atrapan esa noticia: “¿quién?, ¿José Luis Esquivel de vicepresidente?” Empezaron las burlas y a nivel grande, el “Perro” Bermúdez que lo escucho yo diciendo a nivel nacional “¿A dónde va a parar Tigres nombrando como vicepresidente ejecutivo a un ex reportero?” En qué plan tiene al periodismo también, ¿un trabajo de años no vale?

Yo no tuve la culpa, es más, yo ni siquiera dije que sí y quiero que lo sepan, hoy que tengo oportunidad. Como anécdota, a mí el licenciado Silos nada más me dio el nombramiento enmarcado y todo para que



Ejerció la docencia por más de 45 años en la UANL como una extensión de su vocación periodística, siendo formador de generaciones de periodistas. (Fotografías Facebook y El Norte)

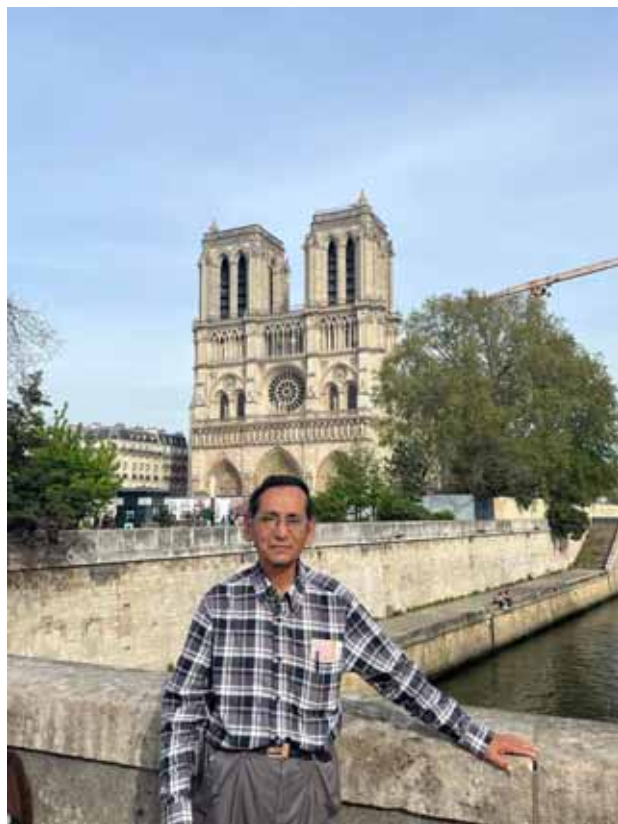
al día siguiente fuera a la Federación Mexicana de Fútbol. Me dijo: “maestro, estamos muy preocupados porque en la Federación no hay quien defienda a Tigres, Paredes es contador, no es habilidoso y además no es su medio el futbol, él va a seguir siendo el administrador, él va a administrar todo, usted va a dar la cara nada más por el rector y por la Universidad”.

Cuando yo le digo a mi hijo, que en paz descanse: “¿qué crees hijo, soy directivo de Tigres, vicepresidente ejecutivo”, “hay papá, no estás

bromeando con eso”. Yo iba a la Federación Mexicana de Fútbol, Enrique Borja andaba en un BMW, yo era un profesor, yo traía un carro todo destartalado.

El rector me dijo: “necesitamos su presencia porque Roberto Hernández Junior ya está llegando a la Universidad con sus críticas y el gobernador y de México, ya me dieron la voz de alerta, platique con él, Tigres es uno, la Universidad es otra, la Universidad es docencia, investigación, cultura y está diciendo dónde está la investigación”. Pues me fue muy bien con Roberto, fue el único que me defendió, creyendo yo que me iba a patear. “Simplemente José –siempre me dijo José– por tener un interlocutor que no nos estorbe como muchos”. “Pues lo que hay que decir, lo que hay que escribir y lo que hay que investigar nadie lo debe parar, menos yo, a menos aquellas cosas que a mí no me consten”.

Yo estuve hasta junio que iba a empezar la temporada, el rector nombró a un promotor, Guillermo Lara, entregándole el equipo a él, él se comprometió a pasar por todo y yo ya salí de ahí, me voy a refugiar en mis clases, nunca las dejé, nunca las dejé, nunca, nunca, las clases para mí son sagradas. Esa fue la historia, por eso quiero platicarla en vivo y a todo color. Les agradezco mucho.



Durante sus viajes por Europa. (Fotografías Facebook de José Luis Esquivel)